

**Víctor Ruiz Iriarte**

## **Política y... literatura**

Siempre ha sido norma humana y, por tanto, egoístamente concebida, el confundir las acciones, los actos y la personalidad de los hombres.

Rindiendo culto a la pereza intelectual, casi todos, por no ocuparnos en la ínfima molestia de clasificar, confundimos lo bueno y lo malo en el montón anónimo de la vulgaridad. Con perjuicio para lo primero, que es la originalidad, y a favor de la vulgaridad, que es el contrasentido de lo bueno.

De aquí que lo hermoso, lo legítimo, lo clasifiquemos absurdamente, rebajándole su categoría moral y material, al mismo tiempo que elevamos aquello cuyo único destino merecido sería el olvido.

Si no es lo mismo un afecto cordial que un cariño vehemente; si el odio no tiene la misma justificación de venganza que el rencor obstinado y tenaz; si decir «yo soy hombre» no es lo mismo que poder decir «yo sé ser hombre»... Si tantas contradicciones hay en nuestras vidas y en nuestras intimidades, ¿cómo han de poder subsistir, como guiones paralelos, dos objetos en una existencia? Cuando dos anhelos divergentes en extremo se obstinan en ocupar la actividad del individuo, imposibilitando el desarrollo normal de uno de los dos..., los dos se anulan, se destruyen y mutuamente se destrozan.

¿Cómo puede subsistir el político-escritor o el escritor-político?

Estas divagaciones y este caminar por el campo de lo inexplicable me las sugiere nuestro eminente correligionario Sr. Rodrigálvarez con las líneas que encabezan este artículo; no tengo el honor de conocer personalmente a dicho señor, no obstante su agudo «Cohete». Me parece uno de sus comentarios más acertados entre los muchos con que su pluma ágil y satírica nos obsequia desde las páginas de «Nueva Política».

La literatura, la genuina literatura, clásica o moderna –pues en todos los tiempos hay aciertos o desaciertos y mitos y realidades–, sufre un profundo desequilibrio en estos días de turbulencias y revuelo espiritual. En esta época en que los más absurdos utopismos merecen el honor de ser considerados como fantásticas realidades, y las verdades tienen también el privilegio de ser discutidas; y digo privilegio porque no hay nada que fortalezca tanto a una idea, a un hombre o a una opinión como el ser discutido y combatido.

Y este revuelo espiritual y material de los hombres ha de tener forzosamente sus consecuencias en las obras que producen, y así nuestra pobre literatura sufre en sus campos la invasión de plumas ineptas y fatuas, que lo mismo rubrican –con la inconsciencia que da la ignorancia– un trabajo periodístico, que llenan el Diario de Sesiones de palabras y frases, las más de las veces con la misma lógica y fundamento que sus escritos. Y no faltan –cómo no?– los políticos engraidos, con la vanidad que producen unos aplausos fáciles en un mitin de extrarradio –vanidad efímera que ellos mismos derogan con la inconsecuencia de sus actos– que también intentan probar sus arrestos literarios ante unas cuartillas y pluma en ristre.

No, no puede ser. Cada hombre nace y cada hombre vive con una vocación íntima, inédita e indescifrable, que no es necesario buscar, porque se presenta ella sola. Cada uno de nosotros

tenemos un objeto de nuestra vida, que a veces conseguimos ver claro y reluciente, como faro de fantasía en la noche de nuestros sueños; y que en momentos juega con nosotros y se descubre cuando ya no es necesario, a veces cuando nuestra vida acaba, en ocasiones cuando empieza; pero la vida espiritual del hombre y su vocación no se sabe cuándo empiezan ni cuándo terminan, porque rara vez tenemos la consciencia de lo que nos impone nuestro deber de vivir.

¿Cuántos casos de incompatibilidad moral entre la pluma y la política nos ofrece el momento actual? Incontables. Miguel de Unamuno es un gran maestro de la alta literatura. Y, sin embargo, don Miguel se sentirá íntimamente confundido de su actuación a lo largo de la política española. Porque la idea y la acción no pueden obrar en consecuencia. La idea es libre. La acción es humana, realista, sujeta a normas, opiniones y conceptos. Y Unamuno es, en efecto, un sabio escritor; pero su actividad política no llega a los linderos de su inteligencia de literato.

Lo mismo se podría decir de otra gloria de las letras españolas, que es el insigne filósofo don José Ortega y Gasset. Y de otros tantos que han sabido distinguir entre su vanidad y su vocación, y, por tanto, su dignidad se mantiene en su debido lugar, para ejemplo y consejo mudo –¿qué mejor consejo que un buen ejemplo?– de aquellos que hace presa en sus almas la absurda vanidad de mostrársenos en infinidad de vocaciones y aspectos, y que para desgracia suya y nuestra, después de medianos literatos son deficientes gobernantes.

Quizá porque repartieron sus actividades en los dos aspectos. O mejor aún, porque ninguno de los dos caminos era el de sus vidas.